

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Miércoles, 19 de Marzo de 2008

LA BARCA DE GARONTE.

DECIMOTERCER CAPÍTULO. TESTIMONIO.

Hubiera querido que esta carta nunca fuese escrita. Pero quien la escribe ya no soy yo. No sé quien soy y no sé explicar qué ha ocurrido para que yo me diluya como azúcar en la leche. Pero yo ya no pertenezco a este mundo. Yo ya no me siento cómodo en él. Y por eso parto. No sin antes haber cumplido mi última misión.

Recuerdo que todo empezó cuando, en un alarde de locura adolescente, me decidí a jugar a la “ouija”. Yo quería nuevos retos. Mi vida era demasiado triste, demasiado monótona, demasiado tranquila. Ya no me divertía con los videojuegos ni con las películas que podía alquilar del videoclub. Y algo muy dentro de mí, algo que ni yo mismo sospechaba que pudiera estar ahí, me impulsó a adentrarme en el mundo del espiritismo. Era como si la parte animal que todos llevamos dentro surgiera con una fuerza titánica y secuestrase mi voluntad. De hecho, desde el primer momento, mi voluntad fue a merced de esa extraña fuerza. Mi interior se llenó de nuevo. Estaba vacío y gracias a esa extraña fuerza, mi vida volvía a ser interesante. O al menos esa era mi sensación.

Reconozco que al principio yo no creía mucho en aquello del espiritismo y la “ouija”. Era un pasatiempo más. Pero en realidad eso no era así. Caí poco a poco en el extraño encanto que se desprendía de aquél maldito tablero. Las horas se me hacían eternas esperando el momento para volver a tocar y experimentar con aquella madera. No tome ningún tipo de cautela, eso sucede muchas veces cuando el embrujo de algo nuevo e interesante te niebla hasta tus propias percepciones. Incluso los sentimientos eran ya distintos. Los problemas de casa ya carecían de la más mínima importancia para mí. Estaba transformándome, lo que no sabía era en qué.

La “ouija” estaba actuando como un ladrón nocturno. Me quitó mi personalidad y me ha dado otra que todavía no acierto muy bien a definir. Me quitó a los pocos amigos que tenía. Pero ahora ya no valoro la amistad. Me quitó el afecto familiar que siempre había tenido. Ahora últimamente soy un bicho raro dentro de mi propia familia. Pero me quitó a aquélla persona que siempre había apostado por mí y que había sabido darme todo. Ahora quien me lo estaba dando todo era la “ouija”, sin yo saber que lo que realmente estaba haciendo era quitármelo.

Y, cómo no, no todo lo que parece bueno, lo es. La “ouija” se quitó su máscara encantadora para mostrar su verdadera faz. Ese vaso que siempre se movía a su conveniencia y que lograba juntar letras para conformar palabras con cierto sentido, se rompió. Yo no sabía que aquello podía suceder. Nadie se dio cuenta, pero en el ambiente había un fuerte olor a azufre. Inmediatamente tuvimos que salir en busca de agua bendita. Al parecer, que se rompa un vaso en plena “ouija” es lo peor que puede suceder. Y las consecuencias las estoy pagando yo.

Poco tiempo después de haber sucedido lo del vaso, algo me visitó cuando yo estaba a punto de dormir. Aquello que profanó mi cuarto no puedo describirlo. Solo sé que en ese instante conocí lo que era, de verdad, el terror. Nadie cree que esto pueda suceder. Yo tampoco lo creía. Pero lo único cierto es que aquello estaba en mi cuarto. Y la sensación que yo sentí en aquél momento también garantizo que era real. Y el olor. Ése azufre que pude respirar cuando el vaso se rompió, ése mismo estaba aquélla noche en mi cuarto.

Los días que han seguido a este último suceso han sido auténticamente un infierno. Yo ya no conozco lo que es un sueño agradable y reparador. Es un auténtico tormento. Y ya conozco mi destino: pasar a formar parte de aquellos que, desde no sé muy bien donde, se acercan a los que juegan con la “ouija”. Pero antes he tenido que cumplir mi última misión.

Ya estoy liberado de todo. Ahora ya no estoy a medio camino como antes. Y no sé si el camino que he cogido ha sido el bueno, pero ha sido el mío. Y el peaje ya ha sido cobrado. Mi última misión, ordenada no sé todavía muy bien por quién, ya se ha cumplido. En otro tiempo no hubiera sido capaz, pero hoy sí lo he sido. Primero he descuartizado a mi padre. Después he reunido las cabezas de mi madre y mis tres hermanos formando una cenefa cuya forma no puedo revelar. Acabo de digerir el último trozo de piel que antes formaba parte del cuerpo de mi padre. Hace unos minutos, he cogido una cuchilla y me he rasgado las venas desde la muñeca hasta el codo. Cuando leáis esta carta, yo ya no estaré aquí, porque ya habré aterrizado en el lugar que me corresponde. Se me nubla la vista, ya estoy abandonando esta miserable vida. Recordad, que quien busca, al final termina encontrando. Os espero desde el otro lado.

Este relato está redactado a modo de epístola. Como siempre, tiene un sustrato real. Espero que les sirva de advertencia sobre lo perjudicial que puede resultar practicar la “ouija” y, sobre todo, obsesionarse con el espiritismo. VK.